

El verdadero rostro de Kierkegaard

Rafael LARRAÑETA
(Universidad Complutense)

El trasfondo de este artículo es la compleja vida-obra del pensador danés, considerado padre del existencialismo, precursor de la crítica a la modernidad¹, emparentado intelectualmente con Unamuno, y cuya personalidad ha dado origen a un sinfín de malentendidos.

Juzgado por autores de fama (Aranguren) como un enfermo físico, con tendencias depresivas y pesimistas, sospechoso de misógino (Celia Amorós) por haber roto su noviazgo con Regina Olsen y por tener una actitud "superior" sobre la mujer, atado (para otros) de por vida a la severa y fuerte personalidad de su padre, sobre él recayó el peso de la inquina social de su tiempo y el olvido de sus inmediatos sucesores. La recuperación de su obra para el pensamiento filosófico actual no ha logrado "reparar" aquellos malentendidos que andan todavía hoy muy difundidos .

En este estudio-comentario trato de desmentir esta falsa imagen y aportar nuevos principios de comprensión de su rica personalidad y obra. También es verdad que discutir los pormenores de la biografía kierkegaardiana me había parecido siempre una tarea superflua, porque desde finales del pasado siglo numerosos y sagaces escritores mostraron sumo empeño en

¹ Cfr. R. Larrañeta, "Kierkegaard, crítico de la modernidad", en *Crisis de la modernidad*, Sociedad C. L. de Filosofía, Salamanca, 1991, pp. 145-149.

conocer los entresijos de la biografía kierkegaardiana y en desvelar los misterios de su existencia. El motivo de ese interés fue doble: por un lado, Søren Kierkegaard utilizó la propia historia personal como excusa y como contenido para redactar algunas de sus obras y papeles; por otro, la machacona insistencia en las pautas existenciales determinaron el tono de su filosofía, es decir, aquello por lo que primeramente fue conocido y admirado. Era lógico que en muchos filósofos, teólogos, literatos y psicólogos se despertara cierta curiosidad por desentrañar los motivos más íntimos de su proceder.

Pero, insistimos: venimos notando con reiterada frecuencia que, mientras en ámbitos internacionales Kierkegaard goza de una fama bastante equilibrada, hecha a veces de admiración y en todo caso de un halo de respeto y simpatía, en España y desde esferas tan dispares como el conservadurismo religioso o cierto progresismo pseudoagnóstico persiste, aunque con matices, la idea de un Kierkegaard pesimista, deprimido hasta la desesperación, amargado, hundido psíquicamente por sus achaques físicos, dubitante en sus convicciones profundas, receloso del amor, en fin, un cuadro nada concorde con la realidad. Por eso creemos justo aportar datos de contraste para perfilar una imagen más exacta del escritor de Copenhague.

El discurso que sigue está sólidamente fundamentado, aunque para hacer más grata su lectura, hemos reducido al mínimo el aparato de notas, dejando al final una muestra suficiente de la bibliografía que sustenta nuestras afirmaciones.

1. Coordenadas bibliográficas

En este punto daré a conocer lo que puedo llamar “biografía oficial” de Kierkegaard.

Søren Kierkegaard nace el día 5 de Mayo de 1813 en la ciudad de Copenhague. Su padre era un gran comerciante de telas que aseguró a su hijo la posibilidad de estudiar y de vivir confortablemente en el centro de la ciudad.

Comienza a estudiar filosofía y teología con la probable intención de convertirse en pastor de almas. Pese a ciertas dilaciones, Kierkegaard logra sacar el título de *Magister Artium*.

Søren Kierkegaard no contrajo matrimonio, pese a haberse ennoviado públicamente con la hija de un personaje bastante conocido en Copenhague. Su vida transcurre enteramente en la ciudad y dentro de la isla de Seelandia, a

excepción de algún viaje a Jutlandia (la tierra de su padre) y tres visitas a Berlín, la primera de ellas para escuchar al filósofo Schelling.

¿Qué es lo que caracteriza la vida de este personaje para haberse convertido en uno de los puntos de referencia del siglo pasado desde el punto de vista literario, filosófico y religioso? Fundamentalmente una sola cosa: sus escritos.

En efecto, la vida "exterior" de Kierkegaard no contiene ningún acontecimiento digno de mención. Tampoco fue profesor, predicador ni fundador de ninguna corriente filosófica. Como sus vecinos atestiguaban, desde joven su máxima actividad consistía en ir y venir por las calles céntricas (Strøget y el barrio antiguo son, incluso ahora, lugar de paseo, comercio y encuentro) y encerrarse en casa a escribir, habiéndole observado deambular a altas horas de la noche de una habitación a otra, dejando cientos de notas dispersas por los rincones. Seguramente, si Brandes no hubiera rescatado del anonimato su obra, Søren Kierkegaard sería hoy un desconocido en el ámbito de la cultura.

Sus escritos constituyen, por tanto, la única "hazaña" memorable de este personaje. De ellos hay que hablar, pero sin olvidar que son la fuente primordial para desvelar los secretos de su vida.

Kierkegaard publica muy pronto (a los 30 años) la obra por la que Copenhague le saludó como gran estilista de la literatura danesa: *Enten-Eller*. La parte final del primer volumen, titulada *Diario de un Seductor*, cautivó la atención de muchísimos lectores. A ésta siguieron otras obras literarias como *Estudios en el camino de la vida* (llena de significados éticos), *La repetición*, diversos *Artículos periodísticos*, *De los papeles de alguien todavía viviente* (donde analiza la figura de Andersen como escritor de novelas), etc.

Junto con la producción estética, Kierkegaard elabora meritorios tratados de crítica al pensamiento: *El concepto de ironía con relación a Sócrates* (tesis doctoral), *Temor y Temblor*, *Migajas filosóficas*, *El Concepto de Angustia*, obra muy difundida en el mundo filosófico, *Postscriptum a las Migajas filosóficas*, *La Enfermedad mortal*.

Curiosamente, los libros literarios y filosóficos están firmados con diversos pseudónimos, como Victor Eremita, Johannes de Silentio, Constantin Constantius, Johannes Climacus, Vigilius Haufniensis, Nicolaus Notabene, Frater Taciturnus, Hilarius Bogbinder (encuadernador), En Aegtemand (Un casado), Anticlimacus. Se han publicado numerosos libros y artículos para desentrañar las claves de esta sorprendente decisión.

El tercer bloque de su quehacer como escritor está compuesto de temas religiosos. Sobresalen entre ellos *Las obras del amor*, *Ejercitación del cris-*

tianismo y un sinfín de lo que él mismo titula *Discursos edificantes*. En este caso Kierkegaard firma con su verdadero nombre y dedica el contenido a su padre.

La dimensión de su tarea se comprende bien precisando que el conjunto de sus obras abarca 15 gruesos volúmenes. A ello han de añadirse otros 25 volúmenes que los editores han presentado con el sobretítulo de *Papeles* y que contienen tres partes: un extensísimo *Diario* (A), bocetos o correcciones de las obras escritas (B) y comentarios a sus propias lecturas (C).

Esto es todo lo que da de sí la historia “pública” de tan famoso danés. Después de una brevísima enfermedad, Søren Kierkegaard muere, a los 42 años, en su ciudad natal, el 11 de Noviembre de 1855.

Las honras fúnebres no fueron espectaculares ni mucho menos. Todavía hoy, entre la población danesa del siglo XX, el nombre y los libros de Kierkegaard no están muy difundidos. Así como Andersen y hasta Grundtvig son bien conocidos, Kierkegaard permanece casi en el olvido.

Una vez rescatado del anonimato, la influencia de Kierkegaard fue poderosísima. Heidegger consideró la traducción de sus obras al alemán como el mayor acontecimiento de la época junto a la publicación de los escritos de Nietzsche² y se hicieron populares contenidos como el absurdo, la paradoja, el ser para la muerte, la situación, que luego asumirían forma propia con las corrientes existencialistas de la posguerra en G. Marcel, A. Camus, J. P. Sartre, K. Jaspers. Desde otra perspectiva Kierkegaard influyó fuertemente en el teólogo Karl Barth y, por él, en Bultmann, Bonhöffer, Pannenberg, que darían lugar al nacimiento de las teologías seculares y la teología de la liberación. En una vertiente diferente aparece P. Tillich inspirando a Adorno la tesis doctoral³. De aquí surgiría la Escuela de Frankfurt con sus análisis críticos de la sociedad prolongados hasta el día de hoy con Habermas.

En España Kierkegaard fue conocido bastante pronto. Unamuno —siempre a través de Brandes— fue el gran difusor de algunas notas de su pensamiento. Pero la estela kierkegaardiana se acabaría prácticamente ahí, en parciales menciones a su ingente tarea. Sólo en tiempos recientes hemos notado cierto rebrote de la inquietud kierkegaardiana en España, mientras en otros países, sobre todo Norteamérica, Alemania y Escandinavia, aparecen nuevas

² Lo he comentado en R. Larrañeta, “Kierkegaard y Heidegger. La verdad de la filosofía”. *Aproximación a la obra de Martín Heidegger*, Sociedad C. L. de Filosofía, Salamanca, 1991, pp. 27-46.

³ Cfr. Th. Adorno, *Kierkegaard. Konstruktion des Ästhetischen*, Tübingen, Mohr, 1933.

publicaciones, se elaboran numerosas tesis doctorales y sigue guardándose con veneración la memoria de su persona y espíritu.

2. Puntos problemáticos

La personalidad de Kierkegaard ha dado muchos quebraderos de cabeza a los tratadistas, tanto en su faceta literaria (los pseudónimos) como psicológica. Hace más de veinte años que en algunos medios predominó la tendencia a interpretar estas egregias figuras en términos casi psicoanalíticos, poniendo el acento en la raíz psicosomática, causante en parte de tan brillantes resultados en la labor creativa. Este esquema se aplicó a Mozart, Nietzsche, Van Gog, etc. Kierkegaard no se libra de ello y, aunque esa visión no ha tenido una fuerza excluyente sobre otros aspectos de su vida, siempre resta una especie de interrogantes sombríos sobre su existencia.

No pretendemos discutir los pormenores de las distintas versiones psicológicas atribuidas a la persona de Kierkegaard, pero dado que en España y Latinoamérica predomina esa visión sesgada de su vida a la que hemos aludido, recorreré los cuatro grandes hitos tomados como claves de su biografía.

El primer punto es *su padre*. Simplificando lo que uno mismo ha escuchado en boca de especialistas, Kierkegaard habría heredado del padre el pesimismo, el gusto por lo inquietante de la existencia y cierta propensión al suicidio o la desesperación vital. Habrá que preguntar, para entenderlo, quién era el padre.

Mikael Pedersen Kierkegaard nació en Jutland. Allí pasó su infancia dedicándose como tantos niños del campo al pastoreo del ganado. Los medios no abundaban, reinaba cierta hambruna y el jovencuelo debió en un momento dado maldecir su suerte. Las cosas cambiaron radicalmente al emigrar a København y colocarse de aprendiz en una tienda de telas. Con el paso de los años llegaría a ser el dueño, transformándose pronto en un hombre pudiente, muy apreciado por la clase bien de la ciudad. Contó entre sus amistades al obispo de la capital y su propio hijo mayor alcanzó la dignidad episcopal.

La biografía paterna encierra algunos rasgos esenciales. Mikael Pedersen enviudó de la primera mujer, con la que no tuvo descendencia. Las circunstancias de su segundo matrimonio constituyeron un enigma hasta la mayoría de edad de Søren. Su segunda esposa, Anna Sørensdatter Lund, era el ama de casa del padre y tenía doce años menos que él. Tuvieron relaciones maritales

antes del matrimonio y se casaron al conocer su embarazo. Por otro lado, Mikael Pedersen frecuentaba la secta pietista de los moravos que imponía a sus seguidores una rigurosísima disciplina, el sentido puritano en las costumbres y acentuaba los aspectos dolientes del cristianismo. Seguramente juzgó este suceso con su mujer como algo impropio del cristiano.

Al fallecer cinco de sus siete hijos, uno tras otro, y morir su segunda mujer, el padre creyó que su vida estaba sellada por un castigo divino, atribuyéndolo a la maldición del Creador en las llanuras de Jutland o a las circunstancias de la boda con su esposa, Anna S. Lund. Kierkegaard insinúa ambas cosas sin referirlas del todo a su progenitor, pero citando siempre “el gran secreto” que un día hubo de escuchar.

Søren Kierkegaard mantuvo de joven una relación dialéctica con el padre. Al joven debía fastidiarle esa especie de destino inexorable al dictado de los designios del progenitor: pastor de iglesia. En un momento dado se rebela, lanzándose a una vida loca de disipación y de juergas en las que, por cierto, era muy resultón. La enfermedad y muerte del padre cambiarán las cosas, animándose a culminar la carrera intelectual.

Søren se queja, aunque con toques de admiración, de la crianza. Su padre le inculcó costumbres severas, sin dejarle apenas divertirse con los juguetes propios de la infancia. Sus pocas salidas estaban constituidas por largos paseos de la mano del ya anciano padre (contaba con 57 años al nacer Søren), en los que él hacía observar al niño los más pequeños detalles de la ciudad y de las gentes con las que se cruzaban, acompañándolo de sesudos comentarios acerca de la existencia.

Kierkegaard fue testigo múltiples veces de las discusiones vivaces de su padre con prestigiosos hombres y eclesiásticos de la ciudad en torno a variados temas. Søren creyó haber heredado el temperamento melancólico del padre, la tendencia a mecerse en los recuerdos nostálgicos, aunque, a la vez, confiesa haber cogido gusto a aquellas continuas dialécticas en las que se recreaba Mikael Pedersen en sus instantes más pletóricos. Junto a ello Kierkegaard percibe como una especie de deber de fidelidad hacia el mensaje profundo de la fe cristiana que tan hondamente calara en el alma paterna.

Este panorama se agudiza por la mutua convicción de que el castigo del cielo le exigía al padre sobrevivir a todos sus descendientes. De hecho no fue así, porque quedó el hermano mayor como testigo del equívoco. Mas todo ello indujo a Søren a autoconvencerse de la muerte prematura y quizás esa convicción le hizo imprimir a su tarea un sello tan vivo y fulgurante.

El segundo eslabón es su novia, *Regina Olsen*. Kierkegaard la encontró,

cuando él estaba finalizando sus estudios, a la edad de veinticuatro años. Puesto que ella tenía diez años menos, hay que imaginarla como una adolescente. Las miradas furtivas y los gestos cómplices comienzan a hacerse más frecuentes, hasta que tres años después, exactamente el 10 de Septiembre de 1840 y al uso de la época, ambos se comprometen oficialmente como novios. No cabe soslayar que la muchacha estaba en este momento saliendo con otro estudiante de la ciudad.

Regina Olsen era hija de una familia bastante conocida en Copenhague. Por lo que sabemos, nada era excesivamente notable en ella y sólo nos han quedado, junto a un par de retratos, los pocos rasgos descritos por el propio Kierkegaard.

En el *Diario del Seductor* y en *¿Culpable-no culpable?* Kierkegaard va desgranando los detalles del romance, aunque estén redactados bajo bellas formas poéticas y existenciales. A ello han de añadirse los comentarios rigurosamente autobiográficos de su *Diario* personal. De idéntica manera a como sucede en su biografía, no hemos de imaginar grandes dramas o acontecimientos externos en éste que fue el único amor de Kierkegaard.

El noviazgo parecía ir sobre ruedas, cuando de pronto —menos de un año después del compromiso público— Kierkegaard devuelve a Regina el anillo de pedida. Pese a los lloros y ruegos de la novia que quiere seguir adelante en sus propósitos matrimoniales con él, Kierkegaard rompe definitivamente con Regina el 11 de Octubre de 1841. Dos semanas después emprenderá el primer viaje a Berlín de casi cinco meses de duración, con la probable intención de alejarse del conflicto amoroso.

Este inesperado e inexplicado corte de los lazos amorosos con su prometida ha suscitado numerosos interrogantes críticos de orden psicológico. Los ha habido de todos los tonos.

Para algunos (Celia Amorós) Kierkegaard refleja con ello un miedo atroz a la relación plena con una mujer, escondiendo un complejo afectivo profundo o una misoginia descarada, que estaría avalada por el recuerdo permanente de la figura paterna y por el olvido absoluto de su madre. A ello habría que sumar frases despectivas hacia la potencia intelectual de la mujer en general y hacia la misma Regina.

Para otros Kierkegaard sufría algún estigma que no habría querido revelar ni siquiera a su prometida. Esta versión viene avalada por la referencia en sus escritos a un “terrible secreto” (compartido luego con el padre, aunque ya hemos visto que procedía del progenitor) y por la enigmática afirmación de contar también él, como San Pablo, con un “aguijón en la carne”. Algunos

han atribuido esta alusión a cierta deformidad física, como luego diremos, pero otros la han vinculado a su fracaso amoroso y a algunos episodios enfermizos del final de su vida. Han concluido así que, sea porque padeciera una leve epilepsia, sea por alguna circunstancia diversa, Kierkegaard era impotente. Su horror a que Regina lo supiera o su miedo a encadenarla a un triste destino de esposa frustrada, le habrían decidido a romper con ella sin revelarle su íntima tragedia.

El final de la historia es muy simple. Kierkegaard no volverá a ennoviarse con ninguna mujer y morirá soltero. En su corazón quedó siempre la huella de aquel primer y único enamoramiento, puesto que la noticia de que Regina se había casado le turbó considerablemente. Regina, por su parte, retornó a su primera pareja, un personaje llamado Johan Frederik Schlegel que llegaría a ser gobernador de las Islas Vírgenes, en las entonces Antillas danesas, contrajo matrimonio con él cuatro años después de haber roto con Kierkegaard y tuvo varios hijos.

Pese a las lágrimas derramadas, Regina y Kierkegaard no se conservaron rencor. Al poco de la ruptura, ella le saludó con una leve inclinación de cabeza al salir de la Iglesia (*Frue Kirke*). Eso fue todo hasta los meses previos a la muerte de Kierkegaard, es decir, 14 años después de la ruptura. Regina iba a marcharse a las Antillas, cuando se encontraron por azar en la calle y le susurró a Kierkegaard: “Que Dios te bendiga y que todo te vaya conforme a tus deseos”.

La familia Olsen conservó un excelente recuerdo de Kierkegaard. El padre de Regina se cruzó de improviso con el escritor, pareció que iba a decirle algo, pero sus ojos se llenaron de lágrimas y se alejó de su lado con inmensa tristeza.

Eso indica el tono de las relaciones de los dos enamorados, llenas de respeto y de aprecio mutuo. ¿Qué explicación definitiva podemos dar a aquel rompimiento de un amor tan añorado y que las páginas estéticas de nuestro autor pintan con tanta belleza? Luego ofreceremos nuestra versión.

La *polémica con la sociedad y con la iglesia danesa* constituye el tercer hito de los factores complejos de la vida de Kierkegaard. Conviene distinguir, incluso cronológicamente, el conflicto con sus conciudadanos y la lucha con la Iglesia oficial de Dinamarca.

El primero sale a la luz pública en torno a 1846, cuando Kierkegaard ha publicado varias de sus obras importantes, tanto de las firmadas pseudónimamente como de las que avalaba con su propio nombre.

La polémica con la sociedad se traduce en un breve conjunto de réplicas

y contrarréplicas a una serie de artículos de la revista *El Corsario*, que iban acompañados de caricaturas satíricas contra Kierkegaard. Se iniciaba por estos lustros en Europa un género de literatura periodística que sorprendió mucho en Copenhague y que ahora nos resulta normal, aunque también discutible. Kierkegaard fue uno de las primeras víctimas y sufrió mucho por ello. Sus diatribas contra la prensa parten de aquí, de la facilidad con que un personaje puede ser satirizado y de la indefensión a que de facto se ve sometido, si está privado de medios de difusión.

Tan propenso a deducir conclusiones universales, Kierkegaard pondrá al lector sobre aviso contra las masas y contra “la opinión pública”, puesto que aquellas se dejan arrastrar con facilidad por quienes manejan los hilos secretos de las modas imperantes.

Las versiones ofrecidas acerca del peso de estas diatribas en el espíritu de Kierkegaard han sido, también aquí, exageradas.

Se le ha tachado de conservador, de misántropo, de enemigo de los movimientos emancipadores del pueblo, de opositor al avance de la libertad pública del pensamiento. Como enseguida diremos, nada más lejos del verdadero Kierkegaard, aunque éste en el ardor de la batalla despotrique contra ciertos movimientos que parecen defender la libertad superficial de las gentes y olvidan el valor insobornable de la decisión individual.

La pelea con la Iglesia estalla al final de su vida y, aunque antes había redactado varios artículos críticos, no comenzó a hacerlos públicos hasta 1854, pocos meses después de morir el obispo Mynster, amigo de su padre Mikael Pedersen, y un año antes de su propia defunción en 1855. ¿Cuál era el contenido de esta agria y final disputa con la Iglesia luterana de Dinamarca?

Fundamentalmente Kierkegaard juzga que el cristianismo ha sido adulterado por las estructuras oficiales. Por un lado, se ha transformado la fe cristiana en un distintivo impuesto, tan “natural” como la nacionalidad (en los primeros tiempos el cristiano estaba en minoría, era una excepción, tenía que realizar una opción expresa de su fe en el bautismo), y, por otro, el mensaje primigenio de los apóstoles está tan adulterado que el papel de predicador y de sacerdote es codiciado de igual manera que cualquier otro puesto de la administración del Estado danés. Rompiendo con la identificación facilona entre defender el cristianismo nacional y ser buen patriota, Kierkegaard comienza a escandalizar a sus coetáneos exigiendo que rompan con la atadura de unas costumbres pasivas y se atrevan a ser verdaderos testigos de la verdad cristiana.

Esta postura no llamaría hoy la atención de casi nadie. Incluso entre cris-

tianos, y hasta entre miembros de la jerarquía, estas proclamas serían consideradas como algo plausible o, al menos, como muy concordes con la letra del evangelio cristiano.

Mas no han faltado autores para denunciar estas páginas, reunidas al final (Mayo-Octubre de 1855) en diez números de un boceto de revista llamada *Øieblikket (El Instante)*, como un reflejo de la amargura de Kierkegaard contra la Iglesia por no haber conseguido ningún cargo oficial en ella.

Además, como algunas de sus soflamas son tan crudas que pudieran haber sido firmadas por el mismísimo Nietzsche, alguien se atrevió a insinuar que Kierkegaard había perdido en los últimos años de su vida la fe cristiana. Dejando aparte otros comentarios, quien sea capaz de sostener esta afirmación, es que ha leído poco y mal al pensador creyente de Copenhague.

Del conjunto de ambas polémicas emerge una sensación de persona difícil, compleja, áspera, introvertida. Pero si las reducimos a sus dimensiones reales, comprobaremos que se trata de una sensación rápida y engañosa, puesto que ambas abarcan dos breves lapsos de su vida y de sus obras. El resto está impregnado de inquietud vital y de entrega sin límites a la febril actividad de escritor mundano, ético y religioso, sin faltar nunca a la cita de los acontecimientos culturales (óperas, tertulias, fiestas litúrgicas, etc.) más sobresalientes de su ciudad.

El cuarto y último factor de sospecha sobre la biografía de Kierkegaard se centra en la apariencia física y, concretamente, en su *goroba*.

El tema de la *goroba* kierkegaardiana ha dado mucho de sí. Unos pocos han hablado “bien” de ella, tomando esa anomalía como pretexto para exponer los trazos interiores y optimistas de su personalidad y de sus escritos. Es el caso de Th. Haecker en un célebre librito titulado “la *goroba* de Kierkegaard”⁴.

Otros, como Magnussen⁵, lo han empleado como excusa para dejar sentada la tesis de la deformidad física, asegurando que Kierkegaard era de constitución débil, contrahecho, *gorobado* y enclenque⁶, aportando testimonios de contemporáneos suyos y dibujos de la época. La cosa no queda ahí, pues el mismo Magnussen, en otro libro titulado “la cruz especial”⁷, se atreve a con-

⁴ Cfr. Th. Haecker, *La goroba de Kierkegaard*, Rialp, Madrid, 1956.

⁵ Cfr. R. Magnussen, *Søren Kierkegaard, set udefra*, Munksgaard, København, 1942.

⁶ Cfr. Th. Haecker, *La goroba de Kierkegaard*, p. 47.

⁷ Cfr. i. Magnussen, *Det saerlige Kors. Efterskrift til Bogen: Søren Kierkegaard set udefra*, Munksgaard, København, 1942.

cluir que ese rasgo deforme “imprimió carácter a su estructura psicológica”⁸.

El hilo argumental intenta ir más lejos, hasta desprestigiar toda la producción literaria kierkegaardiana y, de manera particular, la faceta religiosa. La devoción por los aspectos sufrientes y el recreamiento en la condición martirial de los testigos de la fe procederían del pesimismo vital inherente a quien no ha podido soportar sus taras corporales. Tendríamos así trazado un cuadro completo en el que el pesimismo vital de Søren Kierkegaard estaría enraizado en su estructura psíquica, configurada de manera sustancial por la imposibilidad de superar el trauma de su constitución corpórea.

¿Qué hay de cierto en este asunto? Lo más chocante es la imposibilidad de asegurar nada *con certeza* acerca del aspecto exterior de Søren, ya que sus escasos retratos son aproximados y contradictorios: en unos aparece como joven apuesto y atractivo, en otros como hombre maduro y reflexivo, pero ninguno obedece con exactitud al estereotipo de deformidad ni al prototipo de normalidad estricta.

Kierkegaard debió sufrir una caída grave en su infancia afectándole a la espalda y que habría lesionado en parte el correcto proceso de crecimiento. Si añadimos la debilidad congénita de la familia (todos mueren jóvenes, excepto su padre y el hermano mayor), podemos sospechar la existencia de algunas molestias somáticas que repercutirían con el tiempo en su porte externo. El mismo se queja de sus piernas cortas y de ese enigmático aguijón en la carne que algo de relación tiene con su cuerpo, aunque no sabemos en qué medida ni en qué aspecto.

El asunto de las caricaturas merece consideración aparte. Están realizadas con la intención expresa de herir y de ridiculizar, por tanto, no pueden favorecer demasiado a quien es objeto de las mismas. Eso sucede con Kierkegaard a quien vemos como domador de su muchacha, topándose en la calle con sus enemigos, pasando revista a sus inválidas tropas⁹. Otros dibujos menos polémicos, en los que aparece como centro del Universo o en una de sus correrías nocturnas, tampoco reflejan una imagen “objetiva” de Kierkegaard.

¿Influyó esto en su psiquismo? Enseguida daremos la respuesta. Pero, si hacemos un balance previo, tendremos dos resultados:

⁸ Referencia de Th. Haecker, *La joroba de Kierkegaard*, p. 48.

⁹ Son caricaturas de *Corsaren (El Corsario)*. El lector español puede hallar algunas en P. Rohde, *Søren Aabye Kierkegaard (1813-1855)*, Ministerio de Relaciones Exteriores de Dinamarca, 1983.

En primer lugar, del conjunto de dibujos y retratos no puede concluirse taxativamente que Kierkegaard fuera un jorobado, aunque tampoco podemos pensar en él como un portento de beldad. Sí sabemos que frecuentaba las reuniones sociales, los encuentros con altos personajes de la sociedad ¡el Rey incluido! y que, supuesto que tuviera taras, las llevaba con soltura y dignidad.

En segundo término, el tono de sus escritos transpira amor a la vida, gusto por la belleza, entusiasmo y pasión por la existencia, admiración confesa por personajes como los héroes griegos, Don Juan, Fausto, Don Quijote, etc., que en nada se asemejan al rencor alevoso de un amargado.

Luego insistiremos en ello: alguien quiso confundir en Kierkegaard la aceptación digna del sufrimiento y de la muerte con el pesimismo de los desesperados. ¿Fue una versión libre, fruto del azar? ¿O subyacía el deseo explícito de negar la fuerza de la afirmación vital del pensador danés y su referencia a un resorte último: “el Poder que vuelve transparente al individuo”?

3. La auténtica interpretación

Antes de iniciar una sólida respuesta contra la imagen deformada de nuestro filósofo, conviene ofrecer un bosquejo mínimo del *contexto geográfico-histórico* en el que nació, vivió y murió Kierkegaard. Sin ello resulta difícil ---sobre todo, a los foráneos--- comprender con justeza algunos pasajes de las obras kierkegaardianas.

Esta afirmación tan obvia adquiere especial relevancia cuando la referimos a un grupo humano, los escandinavos, que juzgamos idéntico al resto de los europeos, pero que poseen una especial idiosincrasia.

Aunque, mirado desde la ubicación territorial, parecería lógico que Dinamarca compartiera los anhelos y vicisitudes de los germanos (nada les separa por tierra y muy poco por mar), la historia de los daneses está identificada plenamente con Escandinavia, es decir, con Noruega y Suecia (menos con Finlandia), hasta el punto de constituir una verdadera unidad étnica cuyo apelativo actual es el de escandinavos, aunque siempre les habíamos conocido como sucesores de los “vikings”.

Territorialmente Dinamarca es el menor de los tres países (43.080 km² frente a 323.878 km² de Noruega y 449.750 km² de Suecia). En habitantes Dinamarca supera a Noruega (poco más de cinco millones de daneses contra cuatro de norue-

gos), mientras que su número es inferior a los suecos (algo más de ocho).

Los historiadores presentan una doble cuestión. Primera, por qué se vincularon los daneses tan estrechamente a Escandinavia. Segunda: por qué una nación pequeña alcanzó semejante poder en todo el territorio escandinavo. La respuesta parece sencilla: siendo el mar el medio natural de sobrevivencia para los peninsulares de Jutlandia y para los isleños de Fionia o Seelandia, exactamente igual que para noruegos o suecos, constituía a la vez el vehículo de comunicación con próximos y lejanos. La ventaja de Dinamarca provenía de su situación: todo el comercio marítimo entre el Mar del Norte y el Mar Báltico pasaba y pasa necesariamente por el estrecho de Øresund que, bien aprovechado por los daneses, llegó a convertirse en una sustancial fuente de ingresos, al exigir el pago de aduana o peaje a todos los navegantes. Precisamente en tiempos de Kierkegaard este sistema entró en crisis y dio lugar a la búsqueda de alternativas: fue el arranque para el posterior florecimiento de las industrias.

La unidad entre los escandinavos se forjó en tiempos remotos, pero culminó con los vikingos. Esta cultura, que los del Sur europeo considerábamos de bárbaros, tuvo su apogeo entre el 800 y 1050 de nuestra era. Pese a la rudeza de sus hábitos, consiguió formar una especie de pequeño imperio, en el que Dinamarca llevó muchas veces la voz cantante, de tal modo que el rey danés Knud I (ó II), llamado Canuto el Grande¹⁰ (1018-1035) consiguió ser al mismo tiempo Rey de toda Escandinavia y de Inglaterra. Las costumbres comunitarias de las tribus nórdicas perduran de algún modo en las tendencias festivas y algo libertarias de los actuales pobladores junto con la propensión a ciertas prácticas de trato vecinal.

La geografía impone otro rasgo singular. Noruegos, suecos y daneses están refugiados en el fondo de sus fiordos, que parecen preservar su intimidad (ciertamente les sirvieron de defensa frente a los enemigos). Uniendo a ello la proliferación de pequeñas islas habitadas y la dureza del clima, estos pueblos eminentemente pescadores formaron un carácter adusto, intimista y muy proclive a valorar las experiencias interiores.

El toque final del temperamento danés fue aportado por el espíritu de la Reforma luterana que, al exaltar los aspectos más austeros del cristianismo, alcanzó en estos lares un rigor considerable, llegando a amenazar la pervivencia del vitalismo impetuoso de las mitologías ancestrales. El talante serio

¹⁰ No confundir con Knud II ó IV (1080-1086), Canuto el Santo, nacido en Odense y patrón de Dinamarca.

se vio aún más vigorizado por el auge de sectas puritanas que huían de cualquier disfrute mundano como principio de perdición.

El conjunto de este cuadro del alma escandinava ha sido bien plasmado en varias películas de Bergmann, en el *Dies Irae* de K. Th. Dreyer, en *El Banquete de Babette* de G. Axel y, por el lado vitalista, en *Memorias de África*, escrita por la danesa Karen Blixen y llevada a la pantalla por Sidney Pollack.

Pioneros en las instituciones sociales de bienestar, sin consentir grandes desigualdades entre ellos, preocupados siempre por el conjunto de la ciudadanía, volcados hacia la solidaridad, (¿quizás por el trasfondo de sus primigenias estructuras comunitarias?) los daneses y, en general, los escandinavos valoran su propia sociedad y su sistema político como una conquista autóctona que les sitúa en un nivel distinto al del resto de Occidente.

Basten estas pinceladas para comprender el trasfondo de las verdaderas claves con las que pensamos ha de abordar cualquier intérprete el viaje por el interior del alma de Søren Kierkegaard.

Ahora podemos detallar y volver a discutir los distintos aspectos en el que la personalidad de Kierkegaard ha sido juzgada como objeto de burla, crítica y polémica.

3.1. *El padre*

Evidentemente la relación entre Kierkegaard y su progenitor merece una importante consideración. La posible herencia de algunos rasgos del temperamento paterno no extraña a nadie y no implica necesariamente una dependencia esclava u obsesiva. Repasemos algunos detalles.

Søren parece envidiar la fortuna de quien ha logrado compartir la juventud del padre¹¹. Eso mismo le acontece a muchas personas, conllevando obvias pérdidas (menor propensión a la actividad, la fiesta, la aventura) y no pocas ventajas (tranquilidad de espíritu, experiencia, madurez, equilibrio vital). A Kierkegaard no se le escapa esa doble vertiente y por ello habla con respeto de la “ancianidad” de Mikael Pedersen. Ningún trauma importante puede detectarse aquí.

¹¹ Søren se autodenomina “el hijo de la vejez” como Isaac respecto de Abraham aunque, ciertamente, sus progenitores eran de edad (45 años la madre y 57 el padre).

Entre padre e hijo hubo una unión, confesa o callada, muy vibrante. La dedicatoria de los *Discursos edificantes*¹² hace entrever un grandísimo cariño y una vinculación profunda en el modo de enfrentarse a la vida. De ello no se infiere, contra lo que algunos inducen, menoscabo alguno para la madre. Que Søren no la mencione en sus obras¹³ no equivale a misoginia ni a desprecio por el sexo femenino. En el alma de Kierkegaard resonaban los sentimientos paternos acerca de la vida y la fe cristiana, porque estas cosas las vivenciaron ambos con incontenible pasión. En Søren tuvo gran eco la intensidad del fervor paterno hacia la religión. La madre debió constituir la presencia tradicional de cariño y de cuidado en el hogar que, de puro evidente, se escapa sopesarla hasta que la hemos perdido.

Nos referiremos ahora con especial énfasis al tema de la melancolía vital, el pesimismo, la resignación ante el sufrimiento, la mirada negativa hacia lo natural, el rigor extremo en la conducta, cierta proclividad a la desesperación, rasgos que muchos dan por probado como procedentes del padre. Como hemos dicho al comienzo, aquí se mezclan varios asuntos que conviene escurrir con detalle.

El gusto por el aislamiento, la soledad, por la melancólica nostalgia, florece con facilidad en los habitantes de estas tierras remotas, es el temperamento propio de quienes moran en pequeñas islas y se afanan en las tareas de pesca marítima. Mikael Pedersen comparte esta fisonomía singular de los Jutlandeses, pero no significa desprecio por la existencia¹⁴.

La visión pesimista de la naturaleza humana procede del luteranismo, aunque éste emite un mensaje antitético: el hombre carece de valor autónomo y de fuerza propia para remediar sus males, pero la meta consiste en resaltar la exclusividad de la acción salvadora divina y la gratuidad absoluta de la intervención de Dios. Los moravos intensifican esta idea infundiendo un rigor extremo en sus fieles, quienes no deben distraerse en los afanes mundanos para que predomine en ellos la devoción por la fe. Del conjunto emergen figuras adustas y algo intransigentes hacia todo lo que sea progreso y

¹² Muchos de estos *Discursos* contienen la misma dedicatoria, que aparece en caracteres destacados, ocupando una página entera y con el siguiente texto: "Al difunto Michael Pedersen Kierkegaard, antaño comerciante de telas aquí en la ciudad. Mi Padre, son dedicados estos discursos".

¹³ Lo mismo le sucede a Goethe, comenta Høffding. Cfr. C. F. Bonifaci, *Kierkegaard y el amor*. Herder, Barcelona, 1963, p. 41.

¹⁴ Bonifaci revela cómo la melancolía está mezclada en todos los escritos kierkegaardianos con la plenitud. *Ibid.* pp. 27-28.

goce natural. El padre de Kierkegaard, hombre de negocios y, por lo mismo, hombre de mundo, se debate entre las exigencias de sus convicciones cristianas y las tareas cotidianas, pese a su empeño en el triunfo de la fe.

A todas estas características idiosincráticas y religiosas hay que añadir el impacto de los sucesos familiares en su talante. Mikael Pedersen pierde, de entrada, a su primera mujer; 9 años después del nacimiento de Søren muere un hijo (a los doce años de edad) y sólo transcurren tres años cuando fallece una hija (a los 24); diez años más tarde muere otra hija (33 años) y al año siguiente un hijo (24 años). Un año más y Mikael perderá a su mujer y a su último descendiente femenino de 33 años (1834). El sufrimiento de estos hechos hubiese quebrantado al hombre más recio. En muchos discursos de Kierkegaard acerca de Job, muy conmovedores aunque conteniendo una inquebrantable afirmación de la vida y del Creador¹⁵, se trasluce el drama paterno y el silencioso seguimiento del hijo menor.

Si alguien cree justo hablar de pesimismo enfermizo en la figura del padre, transmitido a su hijo, debe antes repensar estos sucesos y releer algunos fragmentos del *Diario*. Quien repasa lentamente esas páginas escucha una llamada a la pasión vital¹⁶, a la comprensión de la existencia en las zonas de mayor riesgo, eso sí: sin desconocer el peligro de la duda¹⁷, el accecho de la desesperación y del suicidio¹⁸, el vacío del sinsentido.

Contra toda opinión negativa, Kierkegaard parece haber recibido de su padre el estímulo para efectuar ese gran salto sobre un abismo de 70.000 brazas de profundidad que hace calar en la dimensión de la autenticidad existencial y que atestigua la verdadera hondura de los grandes espíritus.

¹⁵ Cfr. *Enten-Eller*, en *Søren Kierkegaards samlede Værker*, Gyldendal, København, 1920, vol. I, p. 232.

¹⁶ "...Quién es el más feliz sino el más infeliz, y quién es el más infeliz sino el más feliz, y qué es la vida sino insensatez y la fe sino necedad, y la esperanza sino aliento de gracia, y el amor sino vinagre en la herida". Cfr. *Enten-Eller*, p. 235. Unamuno repite: "No hay que darse opio, sino poner vinagre y sal en la herida del alma..." Cfr. M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, Espasa-Calpe, Madrid, 1985, p. 238.

¹⁷ También aquí coinciden Kierkegaard y Unamuno. Cfr. M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 109. *Søren Kierkegaards Papirer*, Gyldendal, København, 1969, X-5 B 107, pp. 296-301.

¹⁸ Cfr. *Afsluttende videnskabelig Efterskrift til de philosophiske Smuler*, en *Søren Kierkegaards samlede Værker*, Gyldendal, København, 1925, vol. VII, p. 295.

3.2. *La novia*

La ternura y la poesía que transpiran las páginas del *Diario de un Seductor*¹⁹ y del mismo *Diario privado*²⁰ deben servir de guía a la explicación del conflicto amoroso de Kierkegaard.

Lo primero que debe afirmarse con rotundidad es que Kierkegaard se embarca en su aventura amorosa con intenciones sinceras y que se entrega a ella en cuerpo y alma. No es posible extraer sospecha alguna de frustración, de amargura, de afecto enfermizo. El éxito de su Diario amoroso surge precisamente del intimismo de la narración, de la poesía que emana, del dulce desasosiego sentido por el lector al ponerse en el lugar del enamorado protagonista.

Imposible detectar rastros de misoginia hacia Regina. Quizás confunda alguien el estilo nostálgico de la época con la desesperanza patológica. Crasa equivocación. Kierkegaard comparte en sus primeros escritos todas las aspiraciones de los románticos. Su melancolía, tan cercana a los sentimientos del romanticismo, quiere retratar la intensidad vital y existencial que encierra la aventura interior, muy semejante al entusiasmo suscitado por las hazañas bélicas del noble caballero.

Desechamos, por tanto, las causas patógenas que aluden a un temperamento hipocondríaco o a complejos provenientes de una presencia imponente del padre. Nada de ello congenia con el tono de los relatos ni con la actitud de los novios antes, en y después de la ruptura.

En cuanto a las causas “exteriores” de la ruptura ha de excluirse la voluntad inicial de convertirse en pastor de almas. Todo el mundo sabe que entre los luteranos el matrimonio es compatible con el ministerio sacerdotal.

Tampoco resulta mínimamente verosímil interpretar “el agujón en la carne” como tara sexual. Kierkegaard hace alguna referencia enigmática a contactos tenidos en su primera juventud, —quizás en las temporadas de juergas incontenibles— con mujeres de la vida, de los cuales podría haber resultado descendencia, posibilidad remota e improbable que atormentaba su alma²¹. Mal se congenia este trato sexual con la impotencia. Y un defecto de tal calibre no concuerda en absoluto con la decisión seria y oficial

¹⁹ Cfr. *Førførerens Dagbog*, en *Enten-Eller*, I, pp. 315-480.

²⁰ Cfr. *Journalen* a través de los volúmenes de *Søren Kierkegaards Papirer*.

²¹ Cfr. *Journalen*, en *Søren Kierkegaards Papirer*, IV A 65, p. 25.

de comprometerse matrimonialmente con la mujer amada. ¿Para qué? ¿Para el propio ridículo? ¿Para hacer sufrir a Regina?²².

Ya hemos dicho que el trato de Kierkegaard con Regina acaba bien, que la familia no guarda ningún resquemor hacia él, sólo un poco de tristeza por no haber seguido hacia adelante. En esta línea de respeto y delicadeza hemos de buscar la respuesta.

Kierkegaard sugiere con frecuencia dos aspectos: 1) él cree tener marcado un destino singular, muy ligado a la poesía y a la religión, y que será difícil de asumir para quien se case con él. 2) Regina es una muchacha llena de bondad, dulce, inmediata, que encontraría obstáculos insalvables a la hora de compartir las hondas preocupaciones del espíritu inquieto de Kierkegaard, como sería propio de una pareja ideal.

Contando con ello, Kierkegaard vuelve una y otra vez sobre la idea obsesiva del daño que puede inferir a Regina, de la crueldad que supondría vincularla a una misión extraña, de que acaso jamás pueda ella empatizar con lo más hondo de sus reflexiones, con su profunda pasión por el cristianismo. En definitiva, Kierkegaard debió plantearse si, pese al sincero y apasionadísimo amor por Regina, su temperamento era “compatible” —tal como sueña hoy — con el de Regina. La respuesta negativa habría significado el fracaso matrimonial, aunque luego se guardaran las apariencias de buena pareja y, con él, la pérdida “eterna” de aquellos sentimientos puros y nobles de los enamorados.

Convencido de la imposibilidad de compaginar tan diferentes destinos, Kierkegaard decide la ruptura por su cuenta. ¿Por qué no se lo preguntó a su amada, por qué no le hizo partícipe de tan terrible dilema? La respuesta es simple, aunque alguien lo interprete de nuevo en clave antifeminista: Kierkegaard busca evitar todo mal a Regina e impedir a un tiempo la desvirtuación de las experiencias vividas por ambos en su noviazgo. Esta solución al problema afectivo de Kierkegaard, pese a ser decepcionante para quien anda a la zaga de oscuras y complejas tramas en su personalidad, concuerda con los datos biográficos y con lo relatado en sus obras. Por si fueran

²² Excluida la causa sexual, varios autores (como C. Fabro, *Introduzione a S. Kierkegaard*, Diario, Morcelliana, Brescia, 1962, vol. I, pp. 30-34) se inclinan por pensar que padeciese algún tipo de leve epilepsia, aunque no tan notoria como la de Dostoievski. Se amparan en el testimonio de su sobrina H. Lund y en los síntomas que el propio Kierkegaard describe en algunos instantes de su vida, por ejemplo, cuando le tocó predicar el domingo 18 de Mayo de 1851 en una iglesia de Copenhague. Cfr. *Journals. Søren Kierkegaards Papirer*, X-4 A 323, pp. 183-184.

pocos los argumentos, el propio Kierkegaard cuenta cómo, nada más devolver el anillo, comenzó a meterse en líos aparentes y en nuevas disipaciones para convencer a Regina que no le convenía como marido. Ella no llegó a dejarse engañar, pero sí comprendió que el trasfondo era ahorrarle cualquier sentimiento de culpa.

Acaso la pareja hubiera podido funcionar, pero Kierkegaard optó por la soledad. Ese fue su destino y puede que no anduviera errado. El espíritu solitario explica muchos de sus escritos.

3.3. Las polémicas

Kierkegaard se constituyó de manera progresiva en un personaje de cierta resonancia en la ciudad de Copenhague. Su único mérito, como hemos repetido, fue la publicación de los escritos. No conviene exagerar el calibre de esa modesta fama, puesto que contamos con dos notas para avalarla: las entrevistas frecuentes con el obispo de la ciudad, J. P. Mynster —que ya había sido amigo del padre—, y un par de encuentros personales con el mismísimo rey de Dinamarca, Christian VIII.

En este contexto y conociendo las buenas relaciones de familia con lo mejorcito de la sociedad danesa, es natural que Kierkegaard hubiese puesto sumo empeño en ofrecer una imagen grata de su persona²³ y de su producción literaria. Esta delicadeza hacia su figura podría incluso estar en el origen de algunas obras pseudónimas.

Las sátiras de *El Corsario*, ridiculizando lo mejor de sus publicaciones, mostrando un retrato deforme de sí mismo y tocando incluso a la mismísima Regina, tuvieron que herirle en lo más fñondo del alma. No hay que pensar en motivaciones inconscientes de un hombre frustrado que se lanza en lucha abierta contra todo el Universo. Estamos ante una reacción muy comprensible en quien ha sido atacado y ha sido sometido a pública irrisión.

Si a todos estos sucesos añadimos el hecho de haber dedicado los bienes propios a la edición de los escritos, comprenderemos hasta qué punto fue tocado Kierkegaard en lo más hondo de las entrañas. Ni siquiera le sirvió de consuelo que Goldsmitt —editor del diario satírico— saliera a la postre bas-

²³ Incluso previó que también su vida (*netop mit Liv*) sería minuciosamente investigada en el futuro. Cfr. *Søren Kierkegaards Papirer*. VIII-1 A 424, p. 185.

tante mal parado, al fracasar su revista muy poco después de polemizar con él. Quizás otra persona, con miras diferentes, hubiese tomado este asunto de manera más calmosa, pero Søren no tenía un talante tan flemático.

Tampoco debemos ocultar que la acogida de algunas obras le causó gran sorpresa y alegría, pero, como le sucede a todo ensayista, otras fueron acogidas con indiferencia y hasta con críticas. Kierkegaard se duele de ello y da una y mil vueltas al porqué de tales reacciones (lo vemos reflejado en las muchas páginas que dedica a analizar su actividad de escritor), lo que contribuyó a encerrarle más en sí mismo.

Como habíamos adelantado antes, las diferencias de fondo con la Iglesia oficial comienzan mucho antes de estallar la discusión pública. Seguramente la resistencia juvenil a hacerse pastor de almas estaba ya motivada por esa especie de alergia a enfrentarse al mensaje cristiano como un funcionario. En el *Libro sobre Adler*²⁴, que no quiso editar en vida, se vislumbra esta postura con nitidez, al defender la actitud de aquel díscolo ministro que se resistía a doblegarse ante la jerarquía.

Kierkegaard extiende su llamada de autenticidad a la existencia subjetiva, al *hacerse único* (que Unamuno traduciría en el grito: “¡soy especie única!”), y a lo más entrañable de sus vivencias: la fe cristiana. Como escritor religioso que pretendía ser, Kierkegaard no podía concordar con la adulteración de un cristianismo tan domesticado y rutinario como el de la Iglesia danesa. Manteniendo una viva dialéctica entre la crítica a los filósofos abstractos y sin doblegarse al cliché de pensador, defendiendo la riqueza de la estética sin volverse del todo poeta, abogando por la pureza del mensaje cristiano sin convertirse en predicador, ministro o profeta, Kierkegaard sufrió la desazón de quien había escogido un lugar singular en una sociedad estanca.

Pero, volviendo a la pelea con el cristianismo, debemos reiterar que Søren Kierkegaard no abjuró de la ortoxia cristiana. Sabiéndose cercano a la muerte, le visita un pastor de la iglesia de Hørsens, amigo suyo personal, y le pregunta: “¿no deseas recibir la comunión?”, a lo que Kierkegaard responde con respeto y con convicción: “sí, pero no de un pastor; de un laico”. “Eso es muy difícil”, le contesta el pastor. “Pues entonces me moriré sin ello”. Y a renglón seguido Kierkegaard reanuda su ataque a los pastores que se han transformado en funcionarios reales y cómo, en ese papel, nada tienen que ver con el cristianismo. Esta reivindicación de la auténtica fe fueron sus últimas palabras. Sólo le quedó manifestar la doble sensación de sentirse muy

²⁴ Cfr. *Bogen om Adler*, en *Søren Kierkegaards Papirer*, VII-2, pp. 5-230.

feliz por todo lo acaecido en su vida y muy triste de no poder compartir esa alegría con nadie²⁵. No hace falta conocer mucho a Kierkegaard para intuir en quién pensaba.

3.4. La joroba

Cuando he dudado ante algún buen amigo y mediano conocedor de Kierkegaard de la existencia de una joroba, añadiendo que seguramente se trataba de una persona de hombros encogidos que, con el paso de los años, derivó hacia un progresivo encorvamiento de la espalda, me ha mirado con escepticismo pensando que se trata, en último término, de idéntica minusvalía.

No obstante y pese a los escépticos, nadie puede aseverar *con certeza* que Kierkegaard tuviera una joroba en el sentido riguroso del término. Al contrario, podemos negar con rotundidad que Kierkegaard fuera un jorobado, tal como imaginamos a estas personas en la imaginería habitual de los protagonistas de *Rigoletto* en Verdi o del *Jorobado de Nôtre-Dame* según el relato tantas veces adaptado de Victor Hugo.

Sí mi tesis acerca de cierta desfiguración progresiva fuese cierta, concordaría mejor con el resto de los datos de que disponemos.

En efecto, Kierkegaard produce con su presencia una impresión positiva. El mismo comenta cómo se transformaba durante las fiestas en el centro de la diversión y cómo sus gracias y ocurrencias animaban a todos. Por otro lado, y esto es más significativo, Kierkegaard atrac con facilidad al otro sexo y, en los lances amorosos, es capaz de arrebatar la novia al primer pretendiente, lo que no encaja mucho con una figura deforme, máxime cuando todavía no se había hecho notar por sus libros.

Por otro lado y como hemos dicho, la familia de Regina aceptó de buen grado su entrada en familia y lamentó la ruptura ¡incluso después de haberse casado su hija con el antiguo novio! En una palabra, este cariño tan prolongado de los Olsen no congenia demasiado con la existencia de una tara manifiesta en la persona de Søren.

Finalmente, Kierkegaard habla de la seducción provocada por algunos de

²⁵ Cfr. R. Jolivet, *Aux sources de l'existentialisme chrétien. Kierkegaard*, A. Fayard, París, 1958, pp. 61-64.

sus rasgos, como la nariz y los ojos²⁶, afirmación impropia o, al menos, dudosa para quien sufre una grave dolencia que desfigura toda su persona.

El asunto de los dibujos de Kierkegaard causa nuevos problemas. Kierkegaard se resistió a dejarse retratar. Los bosquejos conservados corresponden a bocetos trazados de memoria, esto es, sin la presencia directa de quien posa para un cuadro. Y de ahí viene la contradicción: en unos está muy favorecido y en otros aparece con rasgos distorsionados.

Entre los primeros, quizás sea el más irreal aquel en el que se destacan los finos trazos de su rostro, que él insinuaba²⁷, mientras en otros se pone de relieve su espíritu moderno, ajustándose a la moda del momento. Los segundos reflejan algunas de las notas chocantes, tanto de su físico como de su manera de vestir. Obsérvese que en ninguno de ellos sobresale de manera primordial la recordadísima joroba, ni siquiera cuando se trata de los dibujos satíricos de Goldsmitt en *El Corsario*.

Si volvemos al tema del impacto de las debilidades psicossomáticas en sus escritos, hemos de afirmar con absoluta rotundidad que las páginas de Kierkegaard nos retratan una personalidad desbordante de vida, volcada en la estética del amor, exuberante por una "alegría indescriptible"²⁸, conmovido hasta las lágrimas por las pequeñas maravillas de la naturaleza, capaz de sobreponerse con sobriedad y con hondura a los golpes de la adversidad, sereno ante el destino inexorable de los humanos, feliz —como hemos escuchado— por lo vivido, nada que haga pensar en amarguras ni frustraciones insuperables, aunque —eso sí— capaz de llegar al borde del abismo o hasta el séptimo cielo, si fuera necesario, para saborear desde allí lo que está reservado a unos pocos y poder transmitirlo con autenticidad a los demás.

Como inmediatamente veremos, su familiaridad con la filosofía griega le lleva a compartir la visión "trágica" de la existencia, lo que nunca debe confundirse simplistamente con cierto pesimismo fatalista o suicida, sino que ha de interpretarse, más bien, al estilo de Camus: aceptar el destino propio (aunque fuere como el de Sísifo) con la máxima dignidad y humor.

²⁶ "Ella no amaba mi bien formada nariz, ni mis bellos ojos, ni mis pequeños pies —ni siquiera mi buena cabeza—, ella me amaba sólo a mí y ni aún así me comprendió". Cfr. *Journalen, S. Kierkegaards Papirer*, III, A 151, p. 62.

²⁷ Cfr. nota anterior.

²⁸ Cfr. *Journalen, S. Kierkegaards Papirer*, II A 228, p. 106.

4. Repercusiones en su filosofía

En cierto modo nada de esto nos importaría demasiado a quienes reflexionamos filosóficamente, si no hubiese tenido algún tipo de incidencia en su pensar. Es lo que ahora, en brevísima síntesis, queremos demostrar y que —para el llamado “padre del existencialismo”— comporta serias consecuencias, ya que se trata de tomar el propio existir como fundamento, punto de partida y objeto de la filosofía.

4.1. La estética

Algunos de los primeros comentaradores de la producción literaria kierkegaardiana no dudaron en situar a nuestro pensador en la esfera del romanticismo²⁹. Se basaban en amplios pasajes de sus obras de juventud, sobre todo *Enten-Eller*. Y no les faltaba razón. Hay en esta magna y voluminosa obra muchísimas páginas en las que predominan los contenidos estéticos y de toque romántico, como “Los estadios eróticos inmediatos”³⁰, “El reflejo de la tragedia antigua en la moderna tragedia”³¹, “Siluetas”³², el mencionado *Diario del Seductor*³³. Sobresale entre ellos la presencia de figuras épicas y novelescas como Edipo, Antígona, Don Juan, María Beaumarchais, Margarita y otros muchos, pero destaca, a modo de figura central e incorporada con toda naturalidad a la lista de los anteriores, el nombre y la personalidad de su amada Regina, unas veces de manera explícita y otras como elemento de fondo para explicar ciertas posturas ante la existencia³⁴ o ante la religión³⁵.

²⁹ Aunque enseguida se distanció de los románticos, Kierkegaard se sintió atraído sin duda por el romanticismo. Cfr. J. Wahl, *Études kierkegaardienes*, Vrin. Paris, 1967, pp. 58-63.

Wahl piensa que fue Sócrates, un Sócrates romantizado, quien le empujó a ello, aunque finalmente el Don Juan de Kierkegaard se situará entre el socratismo y el romanticismo. *Ibidem*.

³⁰ Cfr. *Enten-Eller*, pp. 132.

³¹ *Ibid.* pp. 133-163.

³² *Ibid.* pp. 165-220.

³³ *Ibid.* pp. 315 s.

³⁴ En el caso de Antígona, Cfr. *Enten-Eller*, I, pp. 162 s.

³⁵ Cuando vuelve a tomar el estilo de Diario en el capítulo “*Skyldig? - Ikke Skyldig?*” de *Estadios en el camino de la vida*, en *S. Kierkegaards samlede Vaerker*, vol. VI, pp. 197-517.

Conviene precisar un poco este aspecto.

Kierkegaard, de modo muy similar a Nietzsche, está bien formado en el espíritu griego y concibe la “grecidad” como un hito fundamental del pensamiento, de tal modo que se refiere a los griegos³⁶ como representantes del verdadero talante que debe animar a la filosofía. No es ilógico que las páginas de estudios estéticos estén plagados de alusiones a los protagonistas de los escritos platónicos, a los héroes helenos y a los personajes de las tragedias.

El desarrollo de sus propias concepciones le hace descubrir en Don Juan el símbolo puro de la estética inmediata. Aunque existen elementos preparatorios, la cúspide de la sensualidad medieval es sin duda alguna Don Juan. Esta es la apreciación firme de Kierkegaard³⁷. El amor de Don Juan representa el imperio absoluto del deseo, ya que su sola presencia fascina a la enamorada, lo que nos lleva a la sospecha de que en él también late oculto el coraje de la interioridad³⁸.

Pero cuando Kierkegaard quiere distanciarse del “maestro del paganismo” (Sócrates) y cuando se aleja de Don Juan (que también parece haberle seducido), Kierkegaard acude a la experiencia vivida con Regina. En ella el amor carece de ironía o de las turbulencias de la loca pasión romántica. El amor toca lo más profundo de la interioridad. ¿Será posible saltar a la cumbre de la existencia? Kierkegaard duda: el amor es milagroso, provoca incluso el silencio de la razón “cuando los enamorados caen en adoración ante los signos sagrados del milagro”³⁹, pero falta la fuerza de la decisión, aunque sea evidente que tanta pureza e intensidad constituyen el campo propicio para que nazca la “reflexión infinita del amor religioso”⁴⁰.

³⁶ Kierkegaard alude a ellos como descubridores de la fuerza incontenible de la pasión (cfr. S. Kierkegaard, *Afsluttende uvidenskabelig Efterskrift til de filosofiske Smuler*, p. 298-299), a distintos oradores del *Banquete* como paradigma de las facetas del amor (cfr. *Om Begrebet Ironi*, en *Samlede Værker*, XIII, pp. 146 s.), a los escépticos como ejemplo de superación de la duda desde el interés (cfr. *Søren Kierkegaards Papirer*, IV B 1, 148-149).

³⁷ Cfr. *Enten-Eller*, p. 79.

³⁸ He desarrollado ampliamente estos aspectos en R. Larrañeta, *La interioridad apasionada*, Public. Universidad Pontificia, Salamanca, 1990, pp. 157-163.

³⁹ Cfr. *Stadier paa Livets Vej*, *Samlede Værker*, VI, p. 132.

⁴⁰ *Kierkegaards Papirer*, IX A 248, p. 139-140.

4.2. La subjetividad

La filosofía kierkegaardiana ha sido desprestigiada con acusada malicia en todo lo referente a la concepción del individuo subjetivo como centro del pensar. El interés de Kierkegaard por exaltar el yo, el sí mismo, la propia existencia quedaría bien explicado por el retraimiento personal. Tal introversión habría que atribuirla inicialmente a su deformidad física, se habría agudizado por su fracaso amoroso y habría llegado a su culmen en el relegamiento de las actividades públicas docentes, políticas y eclesiásticas que, a su vez, habrían estado en el origen último de las agrias polémicas con la prensa de su tiempo y con la Iglesia oficial. Pese a la aparente concordancia de estos datos, los sucesos reales siguieron un curso muy diferente.

Kierkegaard percibe con claridad, ya en su juventud, cómo todo el juego intelectual de los filósofos de su época conducía al olvido y a la pérdida de lo que luego entenderíamos por identidad personal. Lo comprueba en los terrenos de la más abstracta filosofía, lo confirma en el dominio ético y lo denuncia como motivo de escándalo en la esfera de la religión. También descubre muy pronto a tres grandes enemigos de la subjetividad y que de alguna manera amenazan con su ruina: el triunfo del hegelianismo, la exaltación de las masas y el reino de la Iglesia oficial. A modo de caballero andante⁴¹, Kierkegaard sale al cruce del triple camino a emprender una singular batalla, sabedor de que gran parte de sus bazas están perdidas de antemano.

La lucha contra Hegel ha sido considerada como uno de las notas distintivas de su filosofía. Kierkegaard ve representado en el hegelianismo el triunfo de la objetividad abstracta a costa de la disolución del sujeto. Kierkegaard repite una y otra vez su protesta contra lo que él llama "Sistema" y que identifica sin paliativo alguno con el sistema hegeliano. El "Sistema" representa el triunfo del pensamiento abstracto, la gloria infinita de la dialéctica especulativa, la apoteosis final de la Historia de las Ideas⁴². ¿Cuál es el punto de llegada de esta forma de filosofar? La pérdida absoluta de la subjetividad. Esto es lo que encona a Kierkegaard y donde comenzarían sus primeros sabores, ya que la moda de entonces consistía en confesarse seguidor de

⁴¹ En ocasiones Kierkegaard toma a Don Quijote de modelo. Cfr., por ejemplo, *Efterskrift, Samlede Værker*, VII, p. 181.

⁴² Resultan evidentes los paralelismos con Nietzsche, a quien Kierkegaard no conoció. Heidegger continúa esta crítica.

Fichte, Hegel o Schelling⁴³. Kierkegaard va a identificar la verdad con la subjetividad⁴⁴, es decir, terminará situándose en las antípodas del “Sistema” filosófico vigente.

Las críticas y protestas más dispersas y sesgadas contra la masa, el número, el público, parecen contener ciertas resonancias del hostigamiento antihegeliano. En todo caso, Kierkegaard intuye con clarividencia pionera que el ritmo del progreso moderno conduce a la pérdida del valor individual y parece entrever la evaporación del yo en el “número”, en las mayorías sin nombre.

Ello explica la desconfianza hacia la prensa, erigida en portavoz anónimo de las muchedumbres⁴⁵, y a ello pudo deberse, en parte, la pelea pública con el director de *Corsaren*. Contra el endiosamiento de la “masa”, Kierkegaard propone una categoría que él declara como propia: el único (*den Enkelte*)⁴⁶. Esta preocupación por lo singular, por el existente, por el sujeto como yo único, esto es lo propio de Kierkegaard, sin neurosis ni retruécanos, aunque con los excesos verbales propios de cualquier escritor apasionado.

El enfado de Kierkegaard se hizo extremo al comprobar que el fervor por la abstracción y por las decisiones mayoritarias alcanzaba al mensaje cristiano. Aunque al comienzo oculta su enojo con la Iglesia oficial, en cuyos representantes vió la encarnación de todas las desviaciones del verdadero cristianismo, al final, cuando ya pierde el respeto por las jerarquías, su palabra adquirirá tintes propios de un enemigo de la fe. Ningún avatar personal justificaba tanto encono y, mucho menos, el cargo de pastor al que renunció por propia voluntad y en contra de los deseos paternos. La explicación, clara y llana, la encontramos de nuevo en la palabra de Kierkegaard: su empeño en reivindicar la categoría del sujeto, del único, con más ahínco incluso que en los tiempos del paganismo, porque hoy día triunfa el pseudocristianismo y porque sólo desde ahí puede alcanzarse la verdadera condición del yo cristiano: ser sí mismo ante Dios⁴⁷.

⁴³ Como hemos dicho, el propio Kierkegaard viaja hasta Berlín para asistir a los cursos de Schelling.

⁴⁴ Cfr. *Efterskrifti*, p. 181 s. Lo he estudiado detalladamente en R. Larrañeta, *La interioridad apasionada*, pp. 33-141.

⁴⁵ Cfr. *Søren Kierkegaards Papirer*, VIII-1 A 538, pp. 245-6. Y añade: “Sin prensa y sin anonimato nos quedará el consuelo de que quede algún hombre único (*enkelt*) y concreto para desengañarnos del error...”. *Ibid.*, VIII-1 A 540, p. 247.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 246.

⁴⁷ Cfr. *Sydommen til Døden, Samlede Værker*, XI, pp. 145, 182, 272.

En definitiva, la actitud de Kierkegaard frente a la filosofía y frente a la sociedad de su tiempo no tiene de trasfondo ningún complejo procedente de su propia biografía. Al contrario, Kierkegaard intenta decir con sencillez que la filosofía no tiene que ver sólo con la empiria o con la pura teoría, sino con lo existencial, lo decisorio, la praxis transformadora de sí mismo y de la sociedad.

No es casual que, no mucho más tarde, la sociología crítica —¿a través de Adorno?— denunciase la “reificación” del sujeto, esto es, la conversión del sujeto en cosa, en “objeto”, y que, por la vertiente contraria, negase el privilegio de verdad a las ciencias positivas e hiciese suya la protesta contra la domesticación de las masas, pidiendo la restauración de la verdad como relación viva y creadora de sujeto-objeto, postulando la resistencia contra la pérdida de lo humano y exigiendo el respeto a las prerrogativas del individuo autónomo y de la sociedad auténticamente libre.

4.3. La paradoja

Al temperamento paterno se le ha atribuido la tendencia a la melancolía que habría degenerado en la propensión enfermiza del hijo menor hacia el pesimismo, la desesperación y la angustia. Visión corta o torcida de quienes se empecinan en “leer” así la vida de Kierkegaard!⁴⁸

Ya hemos señalado las proclividades propias de la idiosincrasia danesa y la acogida por parte de Søren de ciertos toques del espíritu griego que, en lugar de plantear la angustia humana como reacción desesperada ante el horror de la existencia, la toman como punto de referencia para el “buen” vivir. Aún nos queda por añadir algunos elementos propios del padre y que, en este caso sí, podría haber tomado el hijo pequeño como pauta de conducta para sí mismo⁴⁹.

Fundamentalmente se trata de la pasión por el cristianismo y de la entrega incondicional a la fe, pero contando con que en el padre adquiere un sin-

⁴⁸ Kierkegaard confiesa que su padre era “el hombre más melancólico que él había conocido”. Cfr. *Stadier paa Livets Vej, Samlede Værker*. VI, p.209, pero algunos biógrafos callan lo que añade una línea después: “Sin embargo, él estaba todo el día contento y tranquilo...”. *Ibidem*.

⁴⁹ En *Efterskrift*, pp. 224-227. Kierkegaard inserta una escena en el cementerio entre un anciano y su nieto, a todas luces autobiográfica, en la que aquel exige al niño que nunca se aparte de la fe cristiana.

gular carácter, entremezclado por su estilo de vida y las creencias por él practicadas.

Mikael P. Kierkegaard vivió a su modo la experiencia de la paradoja en su propia historia. Seducido irresistiblemente por los negocios, por el ruido de las relaciones sociales, por la alegría mundanal de una ciudad tan atractiva como Copenhague, siente en su interior la llamada inexcusable de la fe, la exigencia pietista de austeridad, el peso dulce de la mirada divina. Esta doble sensación no extraña a quien conozca un poco la trayectoria teológica de ciertas corrientes luteranas. Lutero compartió también la dualidad de creerse hombre de este mundo y sentirse *a la vez* preso de la culpa, elegido de Dios, portador de una clara vocación teocéntrica, testigo vivo de la gratuidad. Ello da pie a una visión pesimista de lo natural, a un sentimiento de culpa sobre lo humano, a la creencia de que todo lo nuestro está corrompido y viciado desde el origen. El reverso es obvio: un sentimiento tan fuerte de perdición se convierte en ocasión apropiada para entregarse de lleno a la salvación. La ayuda y energía para el paso definitivo vienen sola y exclusivamente de arriba.

Kierkegaard hereda esta dicotómica proclividad que puede explicar varios aspectos de su pensamiento: el amor confesado e incontenible por lo estético, el sentimiento continuo de una culpa secreta a saldar con un alto precio, la bajada hasta el abismo en las sensaciones de abatimiento, de desesperanza y de nostalgia, la alegría incontenible de la experiencia cristiana de Dios, la contradicción de estar-en-el mundo (en el vórtice del torbellino) y ante-Dios, el absurdo de la razón, la profundidad de la duda junto a la clarividencia de la fe.

Este conjunto es fácilmente resumible en un término muy propio de Kierkegaard: la paradoja. Lo expresa en un pequeño y elocuente pasaje: “El cristianismo ha proclamado precisamente ser la verdad esencial eterna y *a la vez* se ha proclamado como *paradoja* (*Paradoxet*), y ha querido con ello que tuviera significado esencial para el existente”⁵⁰. Vemos aplicada esta dual convicción en varios terrenos.

Al hablar de Sócrates, Kierkegaard reconoce que supo formular con destreza la pregunta por la verdad, ya que la situó en una relación paradójica con el existente⁵¹, aunque creo que el maestro griego no supo comprender el ins-

⁵⁰ Cfr. *S. Kierkegaards Papirer*, VI B 40, p. 129. Los subrayados no son originales.

⁵¹ *Ibidem*.

tante como un átomo de eternidad en el tiempo⁵². Kierkegaard atribuye el desvío a la impotencia de Sócrates para llegar a entender la culpa⁵³. Sólo quien ha sentido el peso de la culpa puede asumir en su profunda contradicción la paradoja de una verdad que atañe de modo único y absoluto a mi existencia⁵⁴.

El instante traduce óptimamente esa misma dicotomía entre dos “mundos”. Podíamos intuirlo ya en el contraste entre Don Juan y Regina: el primero sería la representación del instante enamorado momentáneo, fugaz, volátil, ella sería la encarnación pura del impulso amoroso que perdura hasta la eternidad.

Kierkegaard reconduce el tema a la reflexión estrictamente filosófica. El instante no es lo opuesto a eterno, sino un átomo de eternidad *en el tiempo*. Reaparecen la explicación paradójica: “El instante es esta ambigüedad donde el tiempo y la eternidad se encuentran una con otra, estableciéndose así el concepto de temporalidad, en el que el tiempo continuamente interrumpe la eternidad y en el que la eternidad penetra sin cesar en el tiempo”⁵⁵. Kierkegaard no se deja cegar por el fulgor de la abstracción ni por el fanatismo de los pietistas, antes bien intenta incorporar a la historia del pensamiento esa doble experiencia cuyo trasfondo contempló en la admirada figura del padre.

Quizás sea éste el mensaje último a transmitir: que la infinitud y lo eterno pueden ser “sentidos”, “escuchados” y “leídos” *en la interioridad del existente* con tanta o mayor claridad y justeza que en lo “mediato”, lo “consciente”, lo “racional”, lo “objetivo”. La subjetividad reconquista su puesto como sede apropiada para la síntesis entre infinitud y temporalidad, pensamiento y ser, fe y razón. Sólo hace faltar romper esquemas preconcebidos y dejarse llevar por aquella pasión que animó el espíritu del gran pensador danés.

⁵² *Ibid.*, p. 395.

⁵³ Cfr. S. Kierkegaard, *Oplyggelige Taler i forskjellig Aand, Samlede Vaerker*, VIII, p. 428.

⁵⁴ He ampliado estos aspectos en R. Larrañeta. “Kierkegaard: tragedia o teofanía. Del sufrimiento inocente al dolor de Dios”. *Thémata*, 15 (1995), pp. 67-77.

⁵⁵ Cfr. *Begrebet Angest, Samlede Vaerker*. IV, p. 395.

Bibliografía

El mejor resumen biográfico sobre Kierkegaard se encuentra en las primeras páginas de cada uno de los 25 volúmenes de *Søren Kierkegaards Papirer*, Gyldendal, København, 1968-1978. Fabro hizo una recopilación similar y completa de esos datos en C. Fabro, *Introduzione a S. Kierkegaard, Diario*, Morcelliana, Brescia, 1962, vol. I, pp. 159-167.

Añadimos a lo dicho en las notas algunas obras accesible a los lectores hispanos:

Adorno, T., *Kierkegaard*, Monte Avila, Caracas, 1969.

Amorós, C., *Søren Kierkegaard o la subjetividad del caballero*, Anthropos, Madrid, 1987.

Aizpun, T., *Kierkegaards Begriff der Ausnahme. Der Geist als Liebe*, Akademischer Verlag, München, 1992.

Collado, J. A., *Kierkegaard y Unamuno*, Gredos, 1962.

Collins, J., *El pensamiento de Kierkegaard*, FCE, México, 1958.

García Amilburu, M., *La existencia en Kierkegaard*, Eunsa, Pamplona, 1992.

Guerrero, L., *Kierkegaard: los límites de la razón en la existencia humana*, Publ. Cruz, 1993.

Hartshorne, M. H., *Kierkegaard, el divino burlador. Sobre la naturaleza y el significado de sus obras pseudónimas*, Cátedra, Madrid, 1992.

Jolivet, R., *Introducción a Kierkegaard*, Gredos, Madrid, 1950.

Larrañeta, R., *La interioridad apasionada. Verdad y amor en S. Kierkegaard*, San Esteban & Universidad Pontificia, Salamanca, 1990.

Larrañeta, R., *Kierkegaard*, Ediciones del Orto. Colección "Biblioteca filosófica", Madrid, 1997.

Maceiras, M., *Schopenhauer y Kierkegaard*, Cincel, Madrid, 1985.

Pizzuti, G. M., *Invito al pensiero di Kierkegaard*, Mursia, Milano, 1995.

Sartre, J. P., y otros, *Kierkegaard vivo*, Alianza, Madrid, 1966.

Spera, S., *Introduzione a Kierkegaard*, Laterza, Roma, 1983.

Viallaneix, N., *Kierkegaard*, Herder, Barcelona, 1977.

Wahl, J., *Études kierkegardiennes*, Aubier-Montaigne, Paris, 1938.

Otros detalles específicos sobre la vida de Kierkegaard pueden hallarse fácilmente a través de:

Lapointe, F. H., *Søren Kierkegaard and his critics*, Greenwood, London, 1980.